

todas partes procuraban inculcar la necesidad de hacer hereditario el poder, diciendo que no debía permitirse que de la vida amenazada de un hombre dependiese la suerte de Francia: y Francisco de Neufchateau le decia en el Senado: « Habéis fundado una era nueva y debéis perpetuarla: ¿qué es el esplendor sin la duración? Ciudadano primer cónsul, el Senado os habla á nombre de todos los ciudadanos; todos os admiran y aman, pero todos piensan con ansiedad qué sería de la nave del Estado si tuviese la desgracia de perder el piloto antes de haberse fijado con áncoras irremovibles. Preguntad á todos los Franceses y todos os dirán: « Grande hombre, completad la obra haciéndola inmortal como vuestra gloria. Ya que nos habéis sacado del caos de lo pasado, hacednos bendecir los beneficios de lo presente y afianzadlos para el porvenir. » En las córtes extranjeras la sana política usará el mismo lenguaje. El reposo de Francia es la prenda de la tranquilidad de Europa. »

El nombre de rey sonaba mal á los oídos de aquellos que habían jurado odio á los reyes; por lo cual de las reminiscencias de Roma y de Carlo Magno se desenterró el nombre de emperador. El tribunado, como representante del pueblo, lo propuso, el Senado lo decretó, y toda Francia aplaudió á Napoleon I, emperador de los Franceses. Francia estaba cansada de tantos experimentos, de la opresion de 1793 como de la constitucion de 1795, de manera que no hallaba salvacion sino en la vuelta de lo pasado. Desconfiada de cuanto había sucedido desde el año de 1789 así como de las promesas liberales de los filósofos, de los abogados, de los legisladores, imploraba el despotismo y no lo veía sino bajo la forma de un soldado. Al salir de la opresion sanguinaria ó rapaz de tiranos abyectos y hasta viles, le parecia ménos mala la tiranía de la gloria y del genio. Habiendo cesado de creer en las ideas, creía en un hombre y ponía su esperanza y su admiracion en Buonaparte. Este con el prestigio de la gloria había hecho creer otra vez en el entusiasmo ya olvidado y despreciado; con su conducta en Italia había mostrado que sabía recurrir á los ejemplos antiguos y á las transacciones habituales entre las naciones civilizadas, y así pareció el único capaz de restablecer á Francia en su puesto entre la grande comunión de las naciones sin sacrificar la libertad ni el amor propio.

De este modo Napoleon sujetó otra vez á la obediencia al siglo mas indisciplinado, induciendo á la razon á confesar su insuficiencia, y valiéndose para la obra de reconstruccion de los hombres que en la obra de demolicion se habían mostrado mas activos. Á una República, enemiga declarada de la historia, sucedió un imperio todo imitacion. El águila y el rayo eran un símbolo; en palacio había dignidades militares y civiles como en la corte de Carlo

Magno, y un gran limosnero como cuando los Capetos arrojaban puñados de oro á la plebe; la ley sálica regulaba la sucesion á la corona, y segun ella, muriendo Napoleon sin hijos, debían sucederle sus hermanos José, y luego Luis, no Luciano ni Jerónimo porque se habían casado con plebeyas. La Confederacion del Rhin recuerda la Liga del Rhin ideada por Richelieu; se renovó el pacto de familia de Luis XIV; la Legion de Honor resucitó las órdenes de caballería, y sus distintivos fueron enviados con solemne prodigalidad á reyes y príncipes que en cambio remitieron sus respectivas condecoraciones; y familias históricas pidieron pensiones y títulos al hombre del pueblo. En aquel repentino salto de la República al Imperio, los descamisados de la víspera se encontraron hechos altezas, monseñores, condestables, grandes electores, archicancilleres, mariscales; viéronse coronas ducales sobrepuestas á los nombres de los regicidas, y los convencionales llevaban llaves de gentiles hombres. Era el pueblo que se adornaba con las insignias arrebatadas á la aristocracia.

El poder nuevo había menester de rodearse de todas las formas que lo hiciesen respetar. El acostumbrado absurdo de los registros abiertos en todos los pueblos, donde se tenían por votos afirmativos los de aquellos que no se inscribían, fué recibido como una sancion popular; pero queriéndose ademas la de la religion, Pio VII, satisfecho de que se inclinase ante la Cruz el jefe de la nacion que había quemado las cruces, y contentisimo con la ocasion que se le proporcionaba de ejercer así la antigua dictadura reconocida por el genio mas vigoroso, se puso en camino á los sesenta y dos años de su edad, no como su predecesor para verse ultrajado por carcomidas dinastías, sino para consagrar una nueva. Recibido con pompa y festejos no exentos de orgullo (1), Napoleon saliendo á recibirlo se presentó por primera vez en carroza, el hombre de ayer, con el pontífice de todos los siglos. Todas las clases y corporaciones acudieron á rendir sus homenajes al papa, así como ántes habían renegado del papa y de Cristo. Pio con su mansedumbre se captaba la voluntad general, y como al dar un día su bendicion al pueblo arrodillado viese á un jóven que se mantenía en pié y con el sombrero en la cabeza, le dijo: « Jovencito, si no creéis en la eficacia de la bendicion del pontífice, creed á lo ménos que la de un viejo no hace daño. »

Un artista dejó desocupados los almacenes de muñecas, y en dos dias las vistió á todas con los trajes que debían llevar las distintas corporaciones y los funcionarios en la ceremonia de la coronacion, que fué de las mas pomposas; y habría parecido tambien de las mas ridículas, si aquellos grandes dignatarios hubieran que-

(1) No dejó de notarse que cuando Napoleon salió á su encuentro, subió el primero al coche.

2 de diciembre.

ruido acordarse de los tiempos que acababan de pasar. Por imitar á Carlos XII, Napoleon tomó la corona de las manos del papa y se la puso por sí mismo, coronando despues á Josefina que había recibido el día ántes la bendicion nupcial. Entretanto los periódicos ingleses exasperaban á Napoleon celebrando en tono satírico aquella mascarada, y comparándola con la ejecutada en Haití por el Negro Dessalines, que entonces cabalmente se había hecho coronar tambien emperador. De las lisonjas que se prodigaron al papa, no se hizo despues el menor caso.

Los Borbones protestaron contra la coronacion, y reunidos en Colmar asentaron las bases del sistema representativo que intentaban dar á Francia cuando Napoleon cayese; viéndose así á la vieja dinastía fundar la libertad, mientras la nueva se ocupaba en destruirla. Pero el partido borbónico en lo interior se iba disminuyendo de día en día; la Vendée y la Bretaña se hallaban ó postradas, ó divididas, ó ganadas á fuerza de beneficios, la policia estaba al corriente de las tramas de unos cuantos nobles, y tenía en su mano los hilos para valerse de ellos cuando se presentase la ocasion de dar algun ejemplo. Por otra parte, el juramento que Napoleon prestó consagraba las conquistas inmortales de la Revolucion, la igualdad civil, el concurso de la nacion para hacer las leyes, la admision de todos los ciudadanos á los empleos y dignidades, y mucho podía esperarse si el nuevo soberano no se dejaba embriagar por la ostentacion y el mando.

Rey de Italia.

Carlo Magno fué tambien rey de Italia, y por lo mismo no podía faltar este título á Napoleon, tanto ménos cuanto que en Italia había hecho sus primeras pruebas. Habiendo conquistado este país por segunda vez, se trataba de organizarlo; ¿y quién podía dudar de que Napoleon, voluntad incontrastable, organizador poderoso, quisiese reunir un país unido por la naturaleza y solo desmembrado por los convenios? Pero ya el Piamonte se consideraba agregado á Francia de hecho; la Toscana había sido erigida en reino de Etruria para un infante de España; era preciso conceder al papa, con quien se había efectuado una reconciliacion, su dominio temporal; la voluntad de Rusia escudaba el reino de Nápoles, y en favor de Austria se había ratificado ya la posesion de Venecia. Veían, pues, los Italianos frustrada otra vez su esperanza de que la espada vencedora y la férrea voluntad de uno de ellos reconstruyese la patria, dándole unidad y libertad. No quedaba disponible sino el país que rodea á Milan, país hermoso y fuerte, con cinco millones de habitantes, de 70 á 80 millones de francos de renta, y cuarenta mil hombres de ejército. Talleyrand había querido que de este país, en lugar de una República, se formase un reino para darlo á cualquier príncipe austriaco como compensacion y prenda de paz; pero Buonaparte, que conservaba afecto á aquella su primogénita y que sabía que los

Italianos no querían pertenecer ni á Franceses ni á Tudescos, determinó que se conservase la República defendiéndola de los Austriacos con buenas fortificaciones y puestos avanzados al otro lado del Adigio, fortificaciones que asegurarían siempre la entrada á Francia, la cual conservaba el protectorado; y desde allí se prometía dirigir sus órdenes al país meridional, mientras se presentaban circunstancias que la pusieran á la cabeza de una federacion italiana.

Despues, para dar una constitucion á este territorio, convocó en Lyon un consejo de cuatrocientos cincuenta y dos representantes cisalpinos, al cual se propuso asistir en persona aumentando la majestad de la ceremonia con la presencia de veintidos mil guerreros que habían vuelto de Egipto trasladados por la escuadra inglesa. Eran la base de esta constitucion tres colegios electorales permanentes y vitalicios que se completaban por sí mismos, y compuestos el primero de trescientos grandes propietarios, el segundo de doscientos grandes capitalistas, y el tercero de otros tantos individuos entre literatos, doctos y eclesiásticos. Estos debían escoger de su propio seno una comision de censura de veintin individuos encargada de revisar las actas de los nombramientos para todos los cuerpos del Estado, y ocho consultores para velar por el mantenimiento de la constitucion, deliberar sobre los tratados y elegir un presidente de la República. Un consejo legislativo de diez individuos debía redactar las leyes y reglamentos y sostenerlos ante el cuerpo legislativo, compuesto de setenta y cinco miembros, quince de los cuales, designados como oradores, tenían el encargo de discutir las leyes ántes de votarlas.

Tal era la constitucion que los Italianos no hicieron mas que recibir, y dejando bajamente que se pusiera en su boca la confesion de su impotencia, declararon todos á una voz que no conocían Italiano mas digno de ser su presidente que Napoleon Buonaparte (1). Este decia: « La República cisalpina, hija del tratado de Campoformio, ha corrido muchas vicisitudes, habiendo sido vanos los esfuerzos hechos para constituirla. Invadida no hace mucho, parecia perdida, cuando por segunda vez el pueblo frances vino á vengaros y á restituir la independencia. Desde entonces, ¿qué no se ha intentado para desmembraros? Pero la Francia os protegía, y nuevamente fuisteis reconocidos en Luneville, aumentándose con una quinta parte mas vuestro territorio y subsistiendo con mas fuerza y mas esperanza vuestras instituciones. Dáneos magistrados no he tenido en cuenta, ni el lugar del nacimiento, ni el partido á que pudieran pertenecer; he considerado solamente vuestros intereses. Para las eminentes

(1) Estos dos nombres se hallaron entonces reunidos por primera vez.

Consulta de Lyon. 1802.

encro 1802.

Coronacion.

» funciones de presidente no he encontrado, » sin embargo, entre vosotros persona de bastante reputacion, libre de preocupaciones y » benemérita por sus servicios; admito, pues, » el voto que habéis expresado y conservaré » en cuanto sea necesario el gran pensamiento » de dirigir por buen camino vuestros asuntos. »

República italiana.

La República, compuesta, como Napoleon decía, de diez naciones diferentes (1), tomó el nombre de italiana, y entonces comenzó para aquel país uno de los tiempos mas florecientes y tranquilos que ha disfrutado, pues tenía lejos al presidente; era bueno y amado Melzi, que hacía sus veces; se habian destruido todos los privilegios aristocráticos; eran favorecidos los conocimientos, fáciles los pagos, y activo el comercio; aumentábase cada día el ejército y enardecíanse cada vez mas las esperanzas.

1805. Mayo.

Pero desde entonces los hombres previsores comenzaron á decir que la República italiana era un reino preparado; y en efecto, cuando Napoleon se hizo emperador, el vicepresidente y los demas le rogaron que les diese un rey tomado de Francia con empleados y ejército enteramente italianos. El designado fué José Buonaparte; pero habiéndose negado este á admitir el título que se le ofrecía, Napoleon creyó que podía disponer á su modo de un Estado que él mismo habia fundado, y poner tambien sobre su cabeza la corona de hierro. La creacion de este reino hacia presentir la ruina de aquellas otras Repúblicas delineadas al fuego del cañon, de aquellas constituciones no fundadas, ni en la costumbres, ni en la historia, y todos preveían que Napoleon, enemigo de los Estados débiles, constituiría la Italia en un gran cuerpo de nacion. Entretanto aunque dió seguridades á los príncipes prometiéndoles que no se trataba sino de un cambio de título, y que por los demas no procuraria extender su territorio, manifestó que para impedir los desembarcos de los Ingleses, le eran necesarias Génova, Luca y Liorna. Génova, decía, *está destinada á formar marineros; debe tener seis mil hombres á bordo de las escuadras, y yo necesito marineros viejos.* Tal fué la gran razon que dió para apoderarse de ella, no obstante haber prometido al Senado de Francia que no agregaria ninguna otra provincia al imperio. Los patricios instigados por Saliceti le ofrecieron la posesion de su país, y él mitigó la pérdida de libertad con mandarles en calidad de ordenador al architesorero Lebrun, hombre moderado y prudente (2).

4 de junio.

Napoleon habia prometido á Pablo de Rusia

(1) Milanese, Mantuanos, Boloñeses, Novareses, Valtelinos, Romanenses y Venecianos, subdivididos en Bergamascos, Cremenses y Brescelanos.

(2) El 11 de agosto de 1805 le escribió desde Boulogne: « Je n'ai réuni Gènes que pour avoir des matelots. Avez-vous espéré gouverner des peuples sans les mécontenter d'abord? Vous savez bien qu'en fait de gouvernement, justice veut dire force comme vertu. Serais-je assez dérépité pour qu'on pût me faire peur du peuple de Gènes? La seule réponse à cette dépêche c'est: Des matelots, des matelots. »

que devolveria el Piamonte á sus reyes; pero cuando hubo muerto aquel emperador, no se cuidó de hacerlo, y conservó aquel país, del cual hizo la vigésima sétima division militar; lo distribuyó en cinco departamentos denominados del Po, del Tanaro, del Marengo, del Sesia, del Stura, y puso á Jourdan al frente de la administracion. Entretanto fomentaba en él intrigas y rivalidades. Halagaba á la aristocracia piamontesa, por manera que se iba formando allí un partido imperial, distinto del nacional; y despues de haber devuelto al reino de Italia los países que antiguamente habian pertenecido á la Lombardía, agregó los demas al imperio frances, poniendo de gobernador general de los departamentos de esta parte de los Alpes al príncipe Camilio Barghese, cuñado suyo (1), y de comandante general al Egipcio Menou. Así sacaba á la Francia de sus límites naturales, y establecía otro dominio extranjero en aquella Italia, que de extranjeros habia prometido redimir.

El duque de Parma y Plasencia, no habiendo querido aceptar el cambio que se le propuso con Etruria, quedó dueño del ducado hasta su muerte, y entonces la Francia lo hizo administrar sin destino fijo, solamente como un cebo, ya para el papa que pedia una compensacion por las Legaciones de que habia sido despojado, ya para la casa de Cerdeña, ya para la de Etruria, que incorporada á este país habria llegado á ser la segunda potencia de Italia. Despues, habiendo hecho desaparecer el rompimiento con Rusia toda clase de consideraciones, fué agregado el ducado de que tratamos á la vigésima octava division militar de Francia. La isla de Elba habia pasado ya ántes á manos de los Franceses. Habiendo muerto en 1804 Luis, rey de Etruria, correspondia este reino á Carlos Luis, infante de España, bajo la regencia de la viuda María Luisa, que fué en efecto jurada como tal; pero Murat mandó ocupar á Liorna, Piombino y el litoral toscana, mientras llegaba la época de atreverse á mas.

« Cededme la libertad y os daré orden y gloria: » tal era el programa de Napoleon, el cual por tanto sentia la necesidad de ilustrar su nuevo título con nuevas victorias, y disipar al mismo tiempo el descontento; cuanto mas que con declararse sucesor de Carlo Magno manifestaba que no habia para él puesto alguno en el sistema político vigente en Europa, y que aspiraba al predominio europeo. En efecto, traspassando todas las leyes de derecho público, no solo violó el territorio neutral de Bâden para

(1) Dicen que Paula Borghese estaba delante de Cánova para que hiciera su retrato, lo cual habiéndolo sabido una señorita, exclamó: — « ¿Cómo! ¿Estuvisteis delante de él tan desnuda? » á lo cual respondió ella: — « Hacía calor en la habitacion. » La veían nuestros padres á veces presentarse á un baile con un gran manguito de pelo famosísimo, y echarlo al suelo para poner sus piés en él. Algunas de las sátiras de los Romanos contra ella son atroces; aquella, por ejemplo: *Dos ficta, facios picta, V... refricta*; y con motivo de las reparaciones en la quinta Borghesi: *Paulus struxit, Paulina destruxit.*

arrastrar á un príncipe á la muerte, sino que anunció que no respetaria á los agentes diplomáticos de sus enemigos, no ya en el imperio sino ni aun en los países neutrales. Así hizo prender en Hannóver al ministro de Inglaterra, y los residentes Ingleses en Munich y Stuttgart no se salvaron sino con la fuga. Con el duque de Enghien habia creído sorprender á Gustavo Adolfo de Suecia, rey caballeresco que protestó contra aquel asesinato, como tambien lo hizo Alejandro de Rusia, que aspiraba á mostrarse protector del cuerpo germánico, cuando Austria y Prusia estaban en connivencia para perderlo.

En efecto, Austria, aunque su título imperial la constituía en tutora de los derechos germánicos, se mostraba indiferente á tantos ultrajes y á todo lo que no redundase en su beneficio. Dando á Francia seguridades de paz, armaba trescientos mil hombres solamente por imitar á Napoleon, y conociendo que habia perdido todo su influjo en Alemania y que podia muy bien ser elegido un emperador de fuera de su casa, estipuló para reconocer á Napoleon la condicion de que podria erigir sus países en imperio hereditario; y así Francisco II tomó el título de emperador electo de Alemania y emperador hereditario de Austria. Los demas príncipes alemanes saludaron temblando al nuevo emperador, mientras volvian los ojos con esperanza hácia Inglaterra, que se alzaba la visera y se preparaba á prescindir de contemplaciones. Pitt, vuelto á llamar al ministerio como el hombre de la guerra, pidió de improviso á la cámara de los comunes 5.000.000 de libras esterlinas para sostener la política de la *seguridad*, esto es, la política que consistia en garantizar la seguridad de todas y de cada una de las potencias de Europa. Declarándose enemigo de las potencias neutrales Holanda y España, hizo que se resolvieran los países vacilantes, y se coligó con la Rusia para obtener la paz y la independencia de Europa. La Rusia prometió dar quinientos mil hombres y la Inglaterra 1.200.000 libras esterlinas mes por mes á cada ejército de cien mil guerreros que la Rusia enviase. Con estos preparativos pidieron á Francia la evacuacion del Hannóver, del norte de Alemania, de la Italia y de la isla de Elba, la independencia de Holanda y de Suiza, la restauracion del rey de Cerdeña con aumentos en su territorio, la independencia del reino de Nápoles y el arreglo de Europa, de tal manera que alianzadas la nacionalidad y la independencia de cada Estado, quedasen todos libres del peligro de nuevas insurrecciones. De la restauracion de los Borbones no hablaron ni una palabra, lejos de eso, prometieron no mezclarse en la cuestion del gobierno interior de Francia, ni hacer conquistas para sí.

11 de agosto. 1804.

Tercera coalicion.

9 de agosto.

Austria se dejó seducir tambien por la promesa de amplias compensaciones; y persistiendo en su profundo disimulo, puso en campaña trescientos veinte mil guerreros, recibiendo 3.000.000 de

libras esterlinas por el año de 1805, y 4 por el siguiente. Los coligados con facilidad se llevaron en pos de sí á las potencias secundarias. Para determinar á España á entrar en la coalicion, se procuró hacer el mayor mal posible á sus escasos buques y á sus muchas posesiones, y al fin se tuvo aviso de que al primer desastre de Napoleon se declararia en contra suya, llamándole la atencion por aquel lado; cosa importantísima. Portugal estaba de parte de Inglaterra; Carolina de Nápoles se coligó con ella en secreto, y Suecia al descubierto; hasta la Turquía se adhirió á los aliados; Dinamarca se mantuvo neutral, no queriendo unirse con Inglaterra despues de los insultos que habia sufrido de ella; lo mismo hizo Sajonia, y la Baviera se declaró por Napoleon.

El rey de Prusia, aunque al principio indignado contra el autor del asesinato del duque de Enghien, no vaciló en reconocer á Napoleon, y se obstinaba en una neutralidad ya imposible y violada por este, el cual le ofrecia la Pomerania Sueca y las Ciudades Anseáticas, si queria declararse en su favor, mientras que Alejandro de Rusia pretendia atraerlo con amenazas al partido contrario. El rey de Prusia se armó, pero se obstinó en una inaccion que hizo imposible todo esfuerzo eficaz contra la Francia.

Con este aparato se movió otra vez la Europa contra Napoleon, teniendo por tesorera la Inglaterra, por retaguardia á Rusia; y no ya para extinguir la libertad en un país que se la habia conquistado, sino para restituir á otros la independencia hollada por un déspota (1), no guerreando por capricho ó por ambiciones particulares, sino con la paz en la mano, proclamando la independencia de los pueblos y demostrando la necesidad de sofocar una ambicion que la conculcaba. Era, pues, aquella la Revolucion que proclamaba sus propios triunfos por boca del ejército armado contra ella.

Los corsarios franceses hicieron á los Ingleses ricas presas, y por un instante Napoleon acarició el pensamiento de enviar á la India treinta y seis mil hombres, que protegiendo á los descontentos Marahitas, arrebatasen aquel imperio de manos de su enemiga. Pero Nelson y Sidney Smith recibieron orden de echar á pique todo barco que capturasen de mas de cien toneladas de porte, enviar los otros á Malta, é incendiar los puertos y radas de España, mientras las tropas ocupaban á Suriman, colonia holandesa, y á Gorea en África, no respetando ni bandera ni territorio neutral, violacion que parecia justificada por la de Buonaparte. Nuevos proyectos promovieron el incendio de las poblaciones del litoral. Quedaba aun á Napoleon aquella multitud de buques reunidos en Bou-

(1) M. Bignon pregunta: « Ces éléments de guerre que M. Pitt trouve disposés d'avance, ne sont-ils pas l'ouvrage des fautes de Napoléon? Je reconnais sans peine toutes ses fautes. Oui, c'est une faute dont les suites sont un crime, que la violation du territoire de Bade, etc. »

logne, y si bien se desbarataron los proyectos de volcanes submarinos inventados para incendiarlos, la superioridad británica burló todas las tentativas de desembarco en su isla, dispersando los setenta buques dispuestos para proteger la escuadrilla de desembarco, y frustándose con esto el golpe con el cual Napoleón pensaba cortar en Londres el nudo de la red en que toda la Europa quería envolverlo.

Napoleón se daba el tono de moderado y de amante de la paz; pero Francia se indignaba al verse arrastrada á una guerra universal por la ambición de aquel á quien ella habia elevado con el fin de que restableciese el sosiego. Los inútiles esfuerzos de Boulogne habian agotado el Erario, por lo cual el emperador obligó al banco de Francia á darle 50.000.000 de francos. Al mismo tiempo anticipó la quinta de 1806 y fomentó el odio contra los extranjeros y el entusiasmo por la carrera militar. Austria, que habia puesto en movimiento á todos sus archiduques, saliendo de su acostumbrada lentitud, en vez de esperar la llegada de medio millon de Rusos, creyó mas acertado pasar el Inn para impedir que la Baviera se uniese á Francia y ocupar á Ulma, con la mira de apostarse despues sobre el Danubio y llamar á la insurreccion á los pueblos de Wurtemberg y de Baden. Creíase probable que saliese entonces la Prusia de su neutralidad armada, en cuyo caso se formaria un terrible frente de batalla. Entretanto una segunda línea operaria en Bohemia apoyada por un cuerpo ruso; Mack, en el Tirol, se apoyaria en el ejército del príncipe Carlos, que se hallaba en Italia, cuyo país era llamado á sostener su independencia así como la Suiza; en Galitzia y Moravia, Francisco y Alejandro debian formar una formidable retaguardia, mientras que Inglaterra hostilizaría á la Coruña, favorecería en España una revolucion palaciega, y excitaria á los Napolitanos á secundar los esfuerzos del príncipe Carlos, cogiendo en medio al reino de Italia.

24 de setiembre. 1805. Octubre.

Napoleón, á quien habia dicho Fouché: *Os hace falta otro Marengo, y en estos primeros meses; todo retardo es mortal*, puso en movimiento el ejército preparado en Boulogne y resolvió dar uno de aquellos golpes atrevidos que solo el éxito justifica, situándose á retaguardia del ejército de Mack para cortarle la comunicacion con los Rusos. Á pesar de que sabía que violando el territorio de Prusia se enajenaria la voluntad de esta potencia, no vaciló en ejecutar su proyecto, y en breve Mack se vió encerrado en Ulma, y treinta y tres mil Austriacos se rindieron sin derramar una gota de sangre: suceso tan extraordinario que Austria lo quiso explicar por la corrupcion, y castigó á los generales que habian dado tan torpe ejemplo. En efecto, Napoleón hizo la guerra no menos con las armas que con la intriga, con las promesas, con las amenazas, y desanimó á los oficiales austriacos, esparciendo entre ellos el odio y la envidia contra los Rusos. Tampoco en Italia

19 de octubre.

desplegó el príncipe Carlos su acostumbrada habilidad contra Massena, manteniéndose apenas á la defensiva, y retrocediendo hácia la capital austriaca. Napoleón obtuvo el mejor resultado estratégico, alcanzando victorias sin sacrificios, haciendo cuarenta y cuatro mil prisioneros austriacos, y dando libertad bajo su palabra á cincuenta y tres oficiales superiores despues de haberlos puesto de su parte con elogios y distinciones.

Pero ya se apercibian al combate los Rusos, gente que no podia ser comprada, y Alejandro habia llegado á Berlin para persuadir al rey de Prusia á que tomase su partido. Importaba, pues, á Napoleón obligar á los enemigos á hacer la paz, y así corrió sobre Viena, dictó sus decretos en el palacio imperial de Schönbrunn, se apoderó por sorpresa del puente sobre el Danubio y penetró en Moravia, resuelto á dar una batalla decisiva. Necesitaba darla para tranquilizar á Paris, donde la desconfianza de la Bolsa y los rumores públicos propalaban que la causa de Napoleón debia ser ya considerada como diferente de la causa nacional. Por otra parte era tanto mas precisa una victoria cuanto que continuaba para la Francia el peligro marítimo, pues en Trafalgar la escuadra francesa, compuesta de treinta y tres bajeles, habia sido derrotada completamente por la escuadra inglesa compuesta de veintisiete; desastre semejante al de Abukir, si bien Inglaterra lo compró con la vida de Nelson.

21 de octubre.

Por consiguiente era indispensable á Napoleón una victoria. Los enemigos habian concentrado sus fuerzas teniendo á su retaguardia á los Rusos que llegaban á la Prusia vacilante, por lo cual no debian creer que Napoleón quisiese alejar tanto al ejército de su base de operaciones para aventurarse en un país peligroso. Napoleón tuvo el arte de hacer que se aumentase en ellos esta seguridad, y despues en Austerlitz (2 de diciembre de 1805) dió una batalla, cuyo éxito demuestra hasta qué punto puede sostenerse el menor número con valor y habilidad. El estrago, consecuencia de esta batalla, fué horrible; cuarenta mil hombres entre Rusos y Austriacos quedaron muertos ó heridos en el campo, y entre los prisioneros se contaron nueve generales y ochocientos oficiales.

Batalla de Austerlitz. 2 de diciembre de 1805.

« Soldados, decia Napoleón, sois los primeros guerreros del mundo; la memoria de este día y de nuestras empresas será eterna. Las miserables reliquias de ese ejército, última esperanza del espíritu mercantil de un pueblo despreciable, huyen á anunciar á los salvajes del Norte lo que pueden los Franceses, á anunciar que vosotros, que dijisteis en Viena: «*Ya no existe el ejército austriaco*, diréis en Petersburgo: *El emperador Alejandro ya no tiene ejército*. » ¡Soldados! merecéis la inmortalidad! ¿Qué dirá la Francia? ¿qué dirán vuestras familias? soldados, sois mis hijos; esta jornada es digna de vosotros y de vuestro emperador. »



BATALLA DE AUSTERLITZ.

Genève. Paris.